

R.º 3.849

Flores de espino.

POESÍAS

POR

JAVIER VALCARCE OCAMPO.



PONTEVEDRA
IMP. DE ROGELIO QUINEANS
1900.

85

F.A.
9195

R.º 3.849

Flores de espino.

POESÍAS

POR

JAVIER VALCARCE OCAMPO.



PONTEVEDRA
IMP. DE ROGELIO QUINTANA
1900.



9195

Un Recuerdo

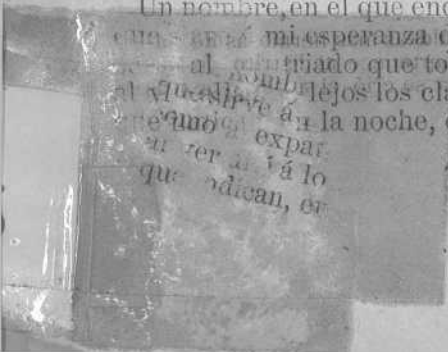
Á MI MADRE

Cual el dorado rayo del sol de la mañana,
tras de una noche lóbrega, vuelve otra vez lucir,
cubriendo el horizonte de nácar y de grana,
así el recuerdo alegre de mi niñez lejana,
le veo entre las sombras del negro porvenir.

No importa que en la noche de mi azarosa vida,
oiga con notas lúgubres la tempestad bramar;
no importa que, cual nave sin ruta conocida,
camine entre borrascas mi suerte maldecida,
del infortunio horrible en su revuelto mar.

Que entre los mil recuerdos de aquella edad pasada
hay uno que revive mi desmayada fé;
que alumbra mi existencia con luces de alborada,
que alumbra de mi vida la senda accidentada
desde el infausto día en que por ella entré.

Un nombre, en el que encuentro consuelo á mis pesares,
cual á mi esperanza de alegre luminar,
al navegante que torna hacia sus lares
al volver á la noche, el solitario hogar.



¡Mi madre!... ¡Ese es el nombre!... ¡Es el recuerdo santo que guardo en mi memoria sin olvidar jamás!... que guardo en lo más hondo del alma, mientras tanto, los restos de mi madre los guarda el Campo-Santo de mi adorada aldea, que no veré ya más! (1)

¡Mi madre!... ¡Ah sí; es cierto que há tiempo te he perdido! que ya no vuelvo á verte más veces junto á mí... que ya en mi hogar no se oye tu nombre bendecido!... que ya á sonar no vuelven en nuestro hogar querido, los besos que tenía tan sólo para tí!

¿Por qué te fuiste, díme, si tanto te quería?... ¿por qué tan hondo abismo abriste entre los dos?... ¿por qué en horrible pena trocaste mi alegría, sabiendo que yo siempre te quise, Madre mía, con el respeto santo con que se adora á Dios?

¡Ay!... Si supieras Madre, mi triste desventura, lo mucho que he sufrido despues que te perdí... lo mucho que padezco con fiebre de locura, dejando, Madre mía, tu fría sepultura, volvieras á la vida, tan sólo para mí!

¡Qué hermoso hubiera sido!... ¡qué días, ¡ay!, más bellos pasáramos de nuevo en nuestro humilde hogar, mirando de tus ojos los plácidos destellos, oyendo tus consejos, besando tus cabellos, y orando los dos juntos, del templo ante el altar!

¡Ah... Cuánto hubiera dado, por ver cual otros días, del sol de nuestra aldea el claro luminar; volver á oír del ave las dulces melodías, y oír, cual otras veces, las roncás armonías que forman en sus playas las ondas de aquel mar!

(1) Refiérese el autor á una de las aldeas más hermosas de Galicia, que con el nombre de *El Baño*, pertenece al distrito de Mu- gardos, provincia de la Coruña. En ella se crió el autor, por más que nació en la ciudad de Lugo.

¡Ay!... cuánto diera, ¡oh Madre!, por ver el santuario
que en mi niñez, contigo mil veces visité;
volver á ver de nuevo su esbelto campanario
erguido allá en la cumbre del monte solitario,
cual aguerrido heraldo de la erística fé!

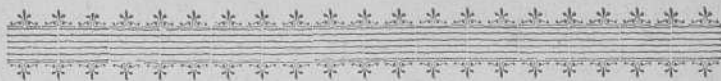
Volver á ver de nuevo los sotos y pinares,
los valles y campiñas cubiertos de verdor;
mirar los barquichuelos cruzando aquellos mares,
y oír en lontananza los rítmicos cantares
que entona á su regreso el pobre pescador.

Volver á ver los prados cubiertos de espadaña,
y oír de la zagala su lánguida canción;
mirarse en aquel río que la campiña baña,
y oír, cuando se oculta el sol tras la montaña,
los sones melancólicos del *toque de oración*.

Mas—¡ay!—que esos placeres, ya para mi han pasado,
y á continuar mi dicha, no volverán ya más!...
pasó mi alegre infancia!... Te fuiste de mi lado!...
El cielo de mi dicha por siempre se ha nublado!
Sin tí, mi paz y calma no volverán jamás!

¡Te fuiste!... sí; ¡qué corto, qué breve ha sido el plazo,
que el Cielo ha concedido á mi felicidad!...
De nuestra dicha, roto aquel bendito lazo,
por sólo un beso tuyo, un beso y un abrazo,
hoy diera, Madre mía... ¡hasta la eternidad!





El Ángel de mi hogar

A mi querida hija María

EN EL CUARTO ANIVERSARIO DE SU NATALICIO

Libre de dolor y penas,
horas ha pasado el alma
en dulce y plácida calma,
de amor y delicias llenas.
Mas, de esas horas serenas
que exentas fueron, de enojos,
como del tiempo despojos
sólo quedó en mi memoria,
escrita una triste historia
con lágrimas de mis ojos.

¡Ah!... Yo también, hija mía,
igual que tú en el presente,
pasé una infancia sonriente
con placentera alegría.
Yo, como tú, me dormía,
al beso de madre amante,
de gozo el alma radiante,
sin temer odios ni agravios,
con la sonrisa en los labios
y la calma en el semblante.

Y sin penas ni dolores
pasé esas horas dichosas,
sin pensar en otras cosas
que en mariposas y flores.
Soñando eternos amores
que ansiosa el alma procura,
llegó á tanto mi locura,
que juzgué, con triste empeño,
¡el corazón muy pequeño
para guardar tal ventura!

Mas, ¡ay!... Pasaron los años;
perdí el maternal cariño,
y aquellos sueños de niño
trocáronse en desengaños.
Y hoy, con las penas y daños
en que mi alma se tortura,
me asombra, en la desventura
en que se trocó la calma,
¡qué quepa dentro del alma
tanto dolor y amargura!

Dicha, placer, inocencia,
tras de esas horas pasaron,
y los rayos eclipsaron
de aquel sol de mi existencia.
De la suerte á la inclemencia,
el alma, en dolor sumida,
vió después, despavorida,
en negras sombras cambiadas
las risueñas alboradas
conque amaneció mi vida.

Mas, Dios, al fin, hija mía,
viendo mi triste abandono,
como á un angel de su trono
hoy á mi lado te envía.
Luz que en mi noche sombría
vienes mi alma á alumbrar,
bien me puedo imaginar,

al verte sobre la cuna,
¡que eres un rayo de luna
que brilla en mi pobre hogar!

—
Angel de paz y consuelo,
tan sólo tú, hija querida,
el infierno de mi vida
podías trocar en cielo.
Cese mi amargo desvelo,
que, si á calmar el dolor
no basta el arte mejor
ni la ciencia de los sabios,
para calmar los agravios
de mi suerte, no es precisa,
más que una dulce sonrisa
sobre el clavel de tus labios.

—
Cuatro años, hija adorada,
cumplidos ves este día,
lentos de dulce alegría,
y por mi amor arrullada.
De Mayo alegre alborada
te dió su luz, al nacer...
¿Cómo no habías de ser
flor, del cielo desprendida,
viniendo en Mayo á la vida,
y siendo, además, mujer?

—
Ramo de olorosas flores,
vienes, con tu alegre infancia,
á llenar, hoy, de fragancia
el hogar de mis amores.
Para calmar mis dolores
deja que el alma se eleve;
deja que mis labios lleve
á tus mejillas hermosas,
¡dos haces de frescas rosas
sobre un búcaro de nieve!

—
De tus besos al calor

siento renacer la calma,
cicatrizando en el alma
las heridas del dolor.
Porque, tus besos de amor,
borrando de mi memoria
de mis pesares la historia,
se figura el alma mía,
¡que son besos que me envía
mi madre, desde la gloria!

Cese ya, pues, hija mía,
la queja amarga y doliente;
huya de sobre mi frente,
la tenaz melancolía.
De la suerte, asaz impía,
huya su sombra postrera;
no más la pena me hiera
ni más el dolor me aflija,
que en la cuna de mi hija
¡se encierra mi dicha entera!

Santiago, 1.º de Mayo de 1894.





AL PIÉ DE TU REJA

SERENATA

(MÚSICA DEL DISTINGUIDO MAESTRO SANTIAGUÉS

D. Manuel Valverde)

✓ Su negro manto tendió la noche,
y de las selvas entre el rumor,
✓ mientras las flores cierran su broche
se escucha el canto del ruiseñor.

✓ Ya la'gaviota de blanca pluma
su oculto nido vuelve á buscar,
✓ mientras la brisa, mantos de espuma
tiende en la playa que besa al mar.

✓ Junto á tu reja, niña adorada,
por ver tu cara de serafín,
la luna espero, tras la enramada,
de *madre-selvas* de tu jardín.

✓ Escuchar quiero, puesto de hinojos,
las dulces frases, mi dulce bien,
de esos tus labios, muchos más rojos,
que los claveles que ornán tu sien.

Verme en tus ojos sólo un momento,
ver de tu rostro las gracias mil,
mientras aroma les da tu aliento
á los jazmines de tu pensil.

Sal, niña, hermosa cual flor de Mayo,
ã oir las notas de mi canción,
que ya la luna, con dulce rayo
besa las flores de tu balcón.





EN EL DESIERTO

Caminante que cruza seca llanura,
abrasando mis sienes cálido ambiente,
sin encontrar la sombra que dé frescura,
ni el manantial que calme mi sed ardiente,

Así voy de la vida siguiendo el vuelo,
sin ver en torno mío, ni en lontananza,
una flor, un arbusto, ni un arroyuelo,
que trocarse pudieran en esperanza.

✓ Sólo de trecho en trecho los matorrales
veo, que el infortunio puso á montones,
y al pasar, desgarradas en sus zarzales,
van quedando una á una mis ilusiones.

✓ Todo es árido y seco lo que hay al frente,
y aunque mire á lo lejos, no se adivina,
ni el trazo de una selva, ni el de un torrente
ni el contorno azulado de la colina.

Ni un pájaro que cante, ni una espesura,
ni un rumor más que el soplo de eternos males,
que filtrando en el alma, triste murmura,
como el viento azotando los peñascales.

Vuelvo á veces la vista, miro á otros dias
y al ver hoy el camino que llevo andado,
veo, como esfumadas, las lejanías
del alegre horizonte de mi pasado.

Allá están, allá lejos, entre la bruma
de los dulces recuerdos del alma mía,
la playa coronada siempre de espuma,
y la casita blanca de la alquería,

Allá está la campiña con sus verdes,
los sotos con sus brisas y áuras fragantes;
allí el río que lleva dulces rumores
como el eco de besos de dos amantes.

✕ Allí está el blanco muro del cementerio,
que parece tendido como un sudario,
al pié de la silueta del monasterio
que yergue cual esfinge, su campanario.

✕ Cual paloma que duerme dulce y tranquila,
veo aun, todavía mucho más lejos,
la ermita en cuya torre brilla la esquila,
cómo del sol bruñida por los reflejos.

¡Qué lejano está todo! Mas, ¡quién pudiera,
dejando los senderos de este desierto,
volver á aquellas playas, de igual manera
que la nave, aunque rota, torna á su puerto!





ANTE TU RETRATO

Á

S. E. L.

Sobre el nácar del papel
y al rayo de luz más pura,
que le sirvió de pincel,
el artista copió fiel
las galas de tu hermosura.

¡Ah!... Tu belleza hechicera,
de aurora hermoso arrebol,
así, copiarlo pudiera
¡tan sólo un rayo de sol
de un cielo de primavera!

Y, ¿cómo no, si anhelante,
Dios, en su obra creadora,
al modelar tu semblante
fundió una flor y un diamante
con un rayo de la aurora?

Y, quizás no satisfecho
con tu hermosura notoria,

cuando el corazón te ha hecho,
cogió un pedazo de gloria...
¡y lo ha guardado en tu pecho!

—
Por eso nada hay que vede
que tú imájen, cual no hay dos,
impresa en el papel quede,
mas, ¡tu alma... ¡sólo puede
copiarla el pincel de Dios!

X Feliz quien libre de enojos
de la suerte, y sus rigores,
pudiese, ante tí de hinojos,
hallar en tus lindos ojos
el cielo de sus amores!





LOS DOS MUERTOS

(DOLORA)

De sus tumbas alejados,
dos muertos juntos se vieron,
y éste dialogo emprendieron,
sobre un ataúd sentados:

—¿Qué fuisteis allá en el mundo?—
preguntó al otro el primero.

—Yo fuí un noble caballero;
¿y vos?—replicó el segundo.

—Yo, puesto ocupé más bajo,
pues fuí un pobre pescador,
sin más honra ni otro honor
que los que dan el trabajo.

—Pues yo disfruté placeres
en mi alegre juventud,
despreciando la virtud
y burlando á las mujeres.

Los cobardes me ensalzaron,
los valientes me temieron,
y amores mil me fingieron
las damas que me admiraron.
Envidia del mundo entero,
como nunca amor sentí,

á mi vez amor fingí,
y me casé... por *dinero*.

—Pues yo,—dijo el pescador,—
de todo el mundo ignorado,
amé mucho, siendo amado,
y me casé... por *amor*.

—Pues yo, en cruel desventura
fuí por mi esposa ultrajado.

—Yo por la mía, adorado
¡con delirio!... ¡con locura!

—¡Maldita fatalidad!—
dijo el rico;—y ¡vive Dios!
que con ser un pobre, vos
hallásteis felicidad.

Muchos á mi me admiraron,
y á pesar de mi ventura,
muerto ya, en mi sepultura
ni una plegaria rezaron.
¡Hipócrita humanidad,
que al rico en vida corona,
y muerto ya, le abandona
en horrible soledad!

Calló el ilustre varón,
envolvióse en el sudario,
y en su nicho funerario
resonó una maldición.

.
Comenzaba á amanecer,
y en el triste Campo-Santo,
demacrada por el llanto,
entró una pobre mujer.

Se arrodilló ante la fosa
de su esposo, el pescador,
¡y una lágrima de amor
cayó sobre aquella losa!

Que en este mundo traidor,
se olvidan riqueza y gloria;
¡sólo hay eterna memoria
donde hay verdadero amor!



EL PERJURIO

I

—Parte, angel mío; que á tu amor profundo
sea una vil perjura, nunca temas,
pues antes que mi amor al tuyo falte,
mi cuerpo yerto cubrirá la tierra.

Laura, á su amante, con acento dulce,
así decía, cariñosa y tierna
y al escuchar aquél, su juramento,
—¡Oh, mujer!—exclamó;—¡bendita seas!

Y en un beso amoroso se juntaron,
cuatro labios, sellando aquella ofrenda,
y, ¡*Bendita!* los ecos repitieron,
como un canto de amor en la arboleda.

II

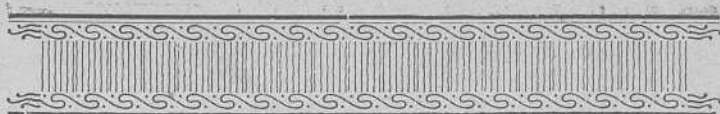
Cinco años pasaron. Una tarde,
la fúnebre campana de la iglesia,
tocando á muerto, con su ronco acento
turba el silencio de la hermosa aldea.

Al pié del sacerdote, vil perjura,
Laura á otro amante su cariño entrega,
olvidándose ya de un juramento,
y de un beso, de amor sagrado emblema.

Y al salir de la iglesia los amantes,
del cementerio en la enlutada puerta,
despidióse el cortejo de un entierro,
y con los novios, del lugar se aleja.

Mas, nadie oyó que el aura adormecida
bajo un ciprés de la mansión desierta,
sobre una tumba estremeciése súbita,
y una voz exclamó:—*¡Maldita seas!*





LA CANCIÓN DEL MARINERO

Sereno el cielo, brilla la luna.
Noche tranquila; tranquilo el mar.
Barca ligera surca las ondas
que la ancha playa van á besar.

Triste, abatido, con el semblante
pálido y mustio por el dolor,
abordo, un jóven va reclinado
sobre la borda del estribor.

Sus negros ojos, que algunas lágrimas
nublan por veces, quieren mirar,
primero el cielo, después la playa,
luego la barca... después el mar.

Todo es silencio, melancolía;
sólo á lo lejos se oyen gemir
muy débilmente las leves ondas
que allá en la costa van á morir.

¡Oh, noche hermosa! bajo tu manto
del áura en alas, lleva veloz,
hasta su puerto, del marinero
sus tristes quejas, su dulce voz.

—«¡Adiós!»—exclama vibrando tristes
las tiernas notas de su cantar:

—«¡patria querida!... ¡madre del alma!»
«¡dulces amores!... ¡adiós mi hogar!»

«¡Adiós la playa del mar tranquilo,
cuna, en mi infancia de mi placer!
De mis amores, fuiste testigo,
y acaso nunca te vuelva á ver!»

«¡Adiós la prenda de mis amores!
¡adiós mi dicha! y adiós mi fé!
¡adiós el alma del alma mía!...
adiós ya, todo de cuanto amé!»

Y en tanto el barco y el marinero,
de lo futuro marchan en pós,
allá en la playa repite el eco
entre las ondas:—¡Adiós!... ¡adiós!





Si fuera flor, te diera su aroma delicado;
si pájaro canoro, te diera su cantar;
si fuente, sus murmullos; sus dulces barcarolas,
si en la apacible noche yo fuese onda del mar.

Si fuera yo poeta, las notas de mi lira
más tiernas y sonoras, te diera desde aquí;
si fuera rey, mi trono; si Dios... ¡haría de nuevo
un cielo y otra gloria, tan sólo para tí!

Mas, no soy flor, ni pájaro, ni onda de los mares;
ni tengo del poeta la dulce inspiración.
Tengo una vida, un alma, ¿las quieres? pues ya sabes,
mi bien, que mi alma y vida tan sólo tuyas son.

No tengo de los reyes su inmenso poderío;
tampoco de Dios tengo su genio creador;
no tengo yo una gloria, ni un cielo yo poseo;
mi bien, para tí sola ¡no tengo más que amor!

¡Amor!... ¡Ay! si supieras cuan grande es el cariño
que, desde que te he visto, yo tengo para tí,
ni aromas, ni cantares, ni tronos... ¡ni la gloria!
cariño, amor tan sólo, quisieras tú de mí.

Tú sabes que te quiero; tú sabes que te adoro;
que lejos de tu lado, inmenso es mi dolor!...
No olvides, pues, bien mio, que yo tampoco quiero
más dicha en este mundo, ¡más gloria que tu amor!





2 DE MAYO DE 1808

Tranquilo dormía el león
de nuestra querida España,
libre de enemiga saña
y ajeno de la traición,
cuando el audaz Napoleón,
lento de enojo, iracundo,
cometiendo error profundo
en la ambición que le asalta,
¡ve que aun España le falta
para ser el rey del mundo!

Y así, con aleve mano,
en su fiebre de ambición,
prende al dormido león
en su sólio soberano.
El soberbio león hispano,
sacudiendo su melena,
rompe la férrea cadena
del francés, que aún ignoraba
¡que sobre la mar se alzaba
el Peñón de *Santa Elena!*

Y suena el canto de guerra,
los pendones tremolando,
la voz del cañón llenando
los cóncavos de la tierra.
El vil invasor se aterra,

deponiendo su arrogancia,
pues en su torpe ignorancia
no acertára á comprender
¡que pudiese el león vencer
la audaz águila de Francia!

De Marengo el vencedor,
en su soberbia ignoraba
como España siempre lava
las heridas del honor.

Mas, pudo, al fin, el traidor,
ir del sueño despertando,
y aunque tarde, adivinando
que jamás consiente España
¡que pise una planta extraña
el trono de San Fernando!

Y el que en guerras conseguía
victoria tras de victoria;
y el que en Austerlitz, de gloria
su altiva frente ceñía,
ve que al fin se oscurecía
el valor de que blasona,
ante la hispana matrona,
con rabia y locura al ver
hoja tras hoja caer
el laurel de su corona!

¡Gloria é inmortal lóor,
mártires del Dos de Mayo!
Bailén, Cádiz y *Sampayo*
os recuerdan con honor.
Si el enemigo invasor
á otro ultraje nos condena,
por ese honor que hoy os llena
le sabremos recordar...
¡que se alza aún sobre el mar
el *Peñón de Santa Elena!*



A MARIA

EN SU INMACULADA CONCEPCIÓN (1)

De nuevo ante tus plantas, MARÍA INMACULADA,
vuelvo hoy tu augusto Nombre, de hinojos á invocar,
tu Nombre conque siempre mi alma lacerada,
evoca los recuerdos de mi niñez pasada,
que fueron de mi infancia su hermoso luminar.

¡Con qué placer recuerdo, feliz como ninguna,
la edad en que empezaron mis labios á rezar;
los días venturosos, en que, sin pena alguna,
postrada de rodillas al borde de mi cuna,
mi madre me enseñaba tu Nombre á pronunciar!

¡Con qué placer, en medio de lóbregos pesares,
recuerdo aquellos días de dicha y de ilusión,
en que te he dedicado mil veces mis cantares,
con blancas azucenas cubriendo tus altares,
con ellas ofreciéndote mi pobre corazón!

Y entónces, ¡cuántas veces mi loca fantasía,
de espacios infinitos llevándome á través,
soñó que, convertido en ángel, te vería,
con alas de oro y plata, sonriendo de alegría,
envuelto en blanca nube, sentado ante tus piés!

(1) Composición poética escrita para el número extraordinario de *La Cruz Roja* de Lugo, en Diciembre de 1898.

Mas ¡ay!, que pasó el tiempo; los años trascurrieron,
vinieron los pesares; mi mente enloqueció;
las penas y dolores mi espíritu abatieron,
maldades y pasiones mi corazón hirieron;
la flor de mi inocencia, por fin se marchitó.

Perdida ya, y no viendo de recobrarla el modo,
del lodazal humano su borde negro ví...
Luché desesperado; llegó á saltar el lodo,
y en medio de esa lucha llegué á dudar de todo,
¡de todo, Madre mía... menos dudar de tí!

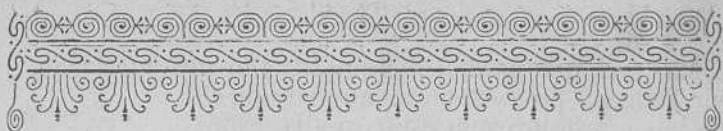
¡De tí!... ¡Jamás!... Yo adoro tu virginal pureza;
yo en tu Nombre busco tu santa protección,
y en medio de mis males inclino la cabeza,
y admiró de rodillas tu singular belleza,
tu Nombre Inmaculado, tu Pura Concepción!

Tú eres sol de Mayo que alumbra en la bonanza;
cual tras imán acero, la fé va de tí en pós...
Tú eres lo más grande que lo creado alcanza;
sin tí no hubiera nunca un rayo de esperanza;
¡sin tí, jamás se hubiera ni comprendido á Dios!

Por eso aunque mi musa con torpe desaliño
no acierte cual lo siento, hoy á expresarlo aquí,
de nuevo ante tus plantas, lo mismo que de niño,
vengo á ofrecerte, ¡oh Madre! mi amor y mi cariño
que guardo en lo más hondo del alma, para tí!

No traigo á tus altares las blancas azucenas
que en otra edad dichosa en ellos coloqué...
te ofrezco mis dolores y mis amargas penas,
y aun cuando sean muy pocas, mis pocas obras buenas,
mi vida, mis amores, mi corazón... ¡mi fé!





EN LA MUERTE DE MI QUERIDO AMIGO (1)

Alfredo Brañas

¡Él también!... El que aun ayer
víttores mil escuchaba,
y laureles alcanzaba
en las luchas del saber;
el que no llegó á tener,
entre el aplauso que estalla,
para las ideas valla,
cae al fin, pero ha caido
¡cómo cae el héroe herido
sobre el campo de batalla.

¡Ah!... cuando el héroe triunfante
en nuevas conquistas sueña,
la patria siempre es pequeña
para su vuelo gigante.
Alza su frente arrogante,
trasformado en genio el hombre,
y no es mucho al pueblo asombre,

(1) Composición escrita para la *Corona fúnebre* dedicada á la memoria de este distinguido escritor gallego por el semanario de Caldas de Reyes, *Fray Prudencio*.

porque en sus victorias sabe
¡que ya en el mundo no cabe
ni aun el eco de su nombre!

Ayer cantos de victoria
al genio que así fulgura,
y hoy lágrimas de amargura
vertidas á su memoria.
Himnos y aplausos de gloria
paso á su fama han abierto,
y ese entusiasta concierto
lo resume, una mañana,
¡el eco de una campana
que gime tocando á muerto!

¡Pobre Alfredo! Quien diría
que esos cánticos triunfales,
ya la muerte, en funerales
tan pronto convertiría!
¡Quién imaginar podría
que, con acento angustioso,
tras el triunfo ruidoso,
como canción funeraria
se trocase en la plegaria
el aplauso ante el coloso!

¡Ay, si!... Soldado aguerrido
que á Galicia defendió,
pronto en la lucha cayó,
aunque no cayó vencido.
¿Llorais al héroe perdido?
Pues cantad á su memoria,
porque está escrito en la Historia
que el genio jamás sucumba,
y héroe que cae en la tumba
¡es para alzarse á la gloria!



SEGUNDA PARTE



POESÍAS GALLEGAS



LONXE D'A TERRA

I

A aurora espertouse.
D'o monte n-as pedras,
que brancos pantasma
erguidos somellan,
os rayos dourados d'o sol qu'amañece
sua luz escachelan.
As auras, bicando
n-a verde pradeira
as froles pintadas
crobertas de pelras,
marmullan amores, qu'os cantos repiten
d'as aves parleiras.
D'os altos picoutos,
en brandas guedellas
de nevê, caendo
n-o fondo d'a veiga,
o rio, muxindo, repit'os acentos
d'a lóbrega selva.
E alá... lonxe... lonxe,
por torta vereda,
o canto s'ascoita,
qu'as rulas remedan,
d'a moza garrida que coida d'o gando,
d'a fonte n-a veira.

¿Qué máxicas notas
seus cantos encerran?
¿Qué falan os ríos
as brisas y-as selvas?
¿Qué encanto s'atopa n-os rayos dourados
d'o sol qu'alumea?...
¡Non sei!... Xa fai tempo
que, lonxe d'a terra,
do viron meus ollos
á sua luz primeira,
cobréusem'a y-alma de negra tristura,
de dôres é penas.
Cicais n-os rumores
d'a lóbrega selva
me chega o suspiro,
me chega unha queixa
d'a nay, qu'hoye durme, n-o sono d'a morte,
¡debaixo d'a terra!
Cicais n-eses rayos
d'o sol, que se creban,
d'os altos picoutos
d'o monte, n-as pedras,
mir'hoxe á sonrisa d'o fillo querido
qu'a sorte m'o arredra.
Cicais n-eses cantos,
qu'as rulas remedan,
cicais n-os marmullos
d'o rio n-a veiga,
me chegan os ecos d'un bico, perdido
n-a noite seréa,
d'a aquela qu'o ceo
me deu n-esta terra
pra doce consolo
de dôres e penas.

.

II

A noite pechóuse.
D'o monte n-as pedras,

que negros pantasma
erguidos, somellan,
os lóstregos roxos, qu'as nubes alcenden,
sua luz escachelan.
O vento que xime
n-a torta vereda,
chirrando d'as torres
n-as negras veletas,
cal man de xigante n-os muros azouta
d'as altas almenas.
E alá... lonxe... lonxe,
n-a ermida d'aldea,
detrás d'os curutos
que sombra lle prestan,
a lengoa de ferro d'a longa campana
qu'o monxe avanéa,
con eco döente,
cal fúnebre queixa,
cal ronco suspiro
de y-alma que pena,
ô rezo chamando, seus tristes lamentos
os ecos remedan.
¿Qué tristes recordos
à mente me chegan
envoltos n-as aas
d'o vento qu'oubea?
¿Porqué de esa ermida, seus ayes doidos
n-a y-alma se quedan?...
¡Non sei!... Xa fai tempo
que, lonxe d'a terra
onde á nai querida
meu verce mecera,
eu levo n-a y-alma, coberta de loito,
tristuras e penas.
Cicáis n-os queixumes
d'o vento que oubéa,
cicáis n-a campana
d'a ermida d'aldea,
d'a nai, d'o meu fillo, d'a esposa querida,
qu'a sorte m'arredran,

ascoito os suspiros,
os ayes, as queixas,
chamándome tristes,
chamándome tenras,
¡e namentras, eu morro aquí lonxe,
coberto de pena!!

Cuenca, 1887.





GRATITUDE

Ö EXCMO. SR. D. EDUARDO VINCENTI,
Deputado á cortes por Pontevedra.

Desherdado d'a fortuna,
que sempre noxo me tivo,
vin á este mundo cativo
n-a hora mais importuna;
pois, sin dúbida ningunha,
deixándome de parolas,
teño pr'ás miñas cirolas
fago n-o mundo tal visto
jo mesmo qu'a un Santo Cristo
lle fan un par de pistolas!

Mais, xa que n-él me meteron
sin dar á miña licencia.
teño o deber de conciencia
hachar o que non me deron.
E como os pais me morreron
sin deixar casta de bés,
perciso, n-o meu intrés,
andar traballando á reo,
qu'hoxe non can pas d'o ceo
como en tempos de Moisés.

E aunque son, á moito orgullo,
desde hai sete anos, letrado,
xa fai tempo qu'hei colgado
á toga n-un garabullo.
Pois entre tanto barullo
d'Audencias e de Xusgados,
saben os mais avisados
n-esa cencia d'o Dereito,
qu'hoxe, para cada pleito
hai un fato d'abogados.

E de fame escangallado,
co-a fertuna sempre torta,
andiben de porta en porta,
sin ser de naide ascoitado.
De todos fun despreceado,
e cuasque xa sin calzós,
perdida-l-as ilusiós,
topei con vostede, ó fín,
que foi o mesmo, pra min,
¡que se m'atopase á Dios!

Vosté, con bô corazón,
cal outro n-hai n-este chán,
soupo votarme unha man
facend'unha nobre aución...
Bardo sin inspiración,
que xa non pode dar nada,
aución tan nobre é preceada
eu non lla podó pagar
mais que c'o probe cantar
d'a miña lira crebada.

Oferta qu'amor revela,
pro, vosté está á tal altura,
que teño pra min, loucura
pensar que chegue hastra ela.
Mais, por si quer recollela,
posta vai n-éste ringlós,
e asina me salve Dios

com' é de ley verdadeira,
xa que non teño maneira
de pagarll' as suas auciós.

Si tan baixo chego á estar,
y-osté tan alto se mira
qu' os ecos d' a miña lira
non-os poidese escoitar,
anque eu pequeno, xurar
podo, que son o pirmeiro
en cariño verdadeiro,
pois non por ser pequeniño
ten menos ley un canciño
qu' un can grande de palleiro.

Y-anque tan cativo son,
e sei que de nada vallo,
reciba o probe agasallo
que lle da meu corazón.

Po-l-a sua proteución,
Dios o deixe medrar bén,
e chegar a onde ninguén,
tal é o desexo d' un pobre
¡pr' o Diputado mais nobre
de cantos Galicia tén!

León, 1893.





MIÑA ALDEA

(A MEU QUERIDO HIRMÁN XOSÉ ANTÓN)

I

Alá n-un outeiro
pretiño d'a praya
qu'arrulan as ondas
d'a mar azulada,
hai unha aldeña
qu'eu quero n-a y-alma,
pois n-ela pasaron
meus sonos d'a infancia,
y-a cuna foi ela
d'as miñas espranzas,
o niño d'amores
que louco soñara,
y-o tempo trocounos
en queixas e bágoas.

Seus prados cobertos
de froles e prantas
texidos son d'ouro,
con fondo esmeralda;
seus rios encaixes
de neve e de prata;
seu mar un espello
de meigas e fadas;
seu ceo de estrelas,
alfombra dourada

d'o chán d'o infinito
do pon Dios á pranta.
¡Qué dôces mamorias!
¡qué dôces lembranzas
seu nome tan solo
me fai vir a y-alma!

Recordo os pinares,
os soutos e as brñas,
ond'os paxariños
cantando falaban.
Recordo as suas noites
de luar, tan craras,
y-aínda me parece
qu'ascoito as *cigarras*
y os grilos chirlando
n-o medio d'as fragas,
berrando n-as cortes
as vacas e as cabras,
y-as mozas cantando
n-as eiras d'as mallas.
¡Qué hermoso era aquilo!
¡Terra de lembranzas!
¡ay! miña aldeña,
como tí n-hay nada!

II

Alá lonxe, lonxe,
ó pé d'a montaña,
a cibdá s'atopa
e'as suas casas brancas,
seus longos tellados,
as suas torres altas.

Alí tod'é bulla,
alí tod'é farsa;
nin cantan os páxaros,
nin berran as cabras;
alí nin hay rios,
nin froles, nin prantas.
Alí tran os homes
moy sérias as caras,

e ch'andan con elas
decote pintadas
mulleres que teñen
a cara d'estátuas,
curazós de pedra
e de barro a y-alma.
¡Qué modas d'o demo!
que costumes raras!
Da vida d'a vila
non quero miaxa.
qu'a min os seus aires
afóganm'a y-alma.
¡Terra, miña terra!
¡terra de lembranzas!
¡ay! miña aldeña,
¡como tí n-hay nada!





N-A MORTE

D'A ILUSTRE CANTORA GALLEGA

Rosalía Casiro de Murguía (1)

I

¡Ti tamén!... ¡Ou gran Dios!... N-é posibre
que morrese á garrida cantora,
jaquel xenio subrime, q'un día
 baixóu dend'a gloria!
N-é posibre, gran Dios, anque fera
 á morte se mostra,
que quixese levarnos, pra sempre,
 pra dentro d'a coba
à que dou vida e y-almas eternas
 n-o libro d'a hestoria,
entre páxinas d'ouro, entre pelras,
 e máxicas notas,
de Galicia às bellezas sin conto
 que n-ela s'atopan!
N-é posible voase d'o niño,

(1) Poesía publicada el 18 de Julio de 1885 en *El Ciclón*, semanario santiagués.

pra nunca dar volta,
ruiñeñol que n-o niño ainda deixa
d'amores á proba!

II

Mais... ¡é certo!... D'a noite envolveita
n-as sombras treidoras,
veu á morte, é d'a lira d'o xenio
crebóu as suas cordas,
que xemendo de dôr, un instante,
suas últimas notas
n-as *Ourelas d'o Sár* resoaron,
morrendo amorosas!
Sí; ¡é certo!... ¡Do mundo cativo,
pra nunca dar volta,
hácia o ceo volóu aquel xenio,
qu'a terra é moi pouca
pra que n-ela folgada coupesen
d'os xenios á gloria!
Si; qu'é certo m'o din á tristura
y-o loito en que envolta
chora hoxe Galicia, á sua pátreia,
pra quen cobizosa,
tivo sempre n-as cordas d'a lira
canciós amorosas,
cal de nay que n-o berce ó seu fillo
con elas arrola!
Sí; qu'é certo m'o din d'os poetas
as liras queixosas...
¡Rosalía morreu!... Pero vive
n-a eterna mamoria
d'a sua patria; qu'os xenios non morren
pr'a terra que honran!!





Explicación

A...

Pergúntasme, Maruxa, por que d'o meu sembrante
fuxiu aquel contento que n-él sempr'amostrei,
é páleças, sombrías, cal d'un agoniante,
trocárons'as meixelas, sin téren un instante
d'a práceda legria que n-elas retratei.

Perguntas porqu'amostro sourrisa d'amargura
que trócase á miudo en risa de desdén...
¡Ay, si saber poideras os sonos de ventura
con que soñei un tempo n-o medio d'a loucura
d'amores que, n-o mundo, non comprendeu ninguén!

Si adiviñar poideras meu triste pensamento,
n-o que xa non alcontro anaco d'ilusión,
cicais non preguntaras, Maruxa, o sentimento
qu'alberga'a miña y-alma; cicais nin un momento,
Maruxa, dubidaras ¡si teño curazón!

Quen víu fuxir axina suas dôces alegrías,
cal follas que reloucan n-o vento qu'as bateu;
quén víu, c'os desenganos, traiciós e felonias,
pagad'o seu cariño, en non lexanos días,
ten que sorrir, Maruxa, como sorrío eu!

Queimadol-os meus ollos c'as bágoas que verteron;
escachelad'o peito, que tanto sospiróu,
non teño xa, pr'aqueles que louco me volveron,
pr'aqueles q'ós meu labres tan soilo fé lle deron,
non teño mais, Maruxa, q'a fél que me sobróu!

Por eso a fera sátira que xa fai tempo alento,
contest'ós que roubaron miña última ilusión;
por eso teño louco, Maruxa, o pensamento,
por eso, porque teño n-a y-alma sentemento,
por eso, iporque tiven, e teño curazón!!





¡NIN POR ESAS!

Chamáronme louco,
Xa fai algún tempo,
Catro tontos que se lles figura
Que teñen talento,
Porqu'andan vistidos
De quant'e sombreiro,
Lanvita prestada,
N-o bran e n-o inverno,
Caldeiro de ouro
Metido n-ó peto,
E que foi pol-o morto deixado,
N-a casa d' empeños
Chamáronme louco
—Y-e n-eso sereino,—
Por n'andar com' eles,
Comend'e bebendo,
De *gorra* n-a casa
D'algun testafarro,
Que por ter pergaminos de conde,
E catro *cadelos*,
Cicáis se figura
Qu'o ser cabaleiro,
E-o ter moitas olas
E moitos pucheiros,
Pra que d' eles coman
Catrou seis famentos

Que dimpois sayen rindo d'a casa,
E d'o *comedeiro!*
Chamáronme louco
Porqu'aínda non teño,
—Nin fago de mentes
De telos, e' o tempo,—
Cabalos é coche,
Lacayos, porteiros

E nin como n-as fondas ni hoteles,
Nin ganas que teño.
Chamáronme louco
Porque nunca quero
Casinos, tartulias,
Teatros caseiros,
Nin bailes, nin bullas,
Nin quito ó pelexo,

Murmurando d'a vida d'o próximo,
A Xan nin á Pedro.
Chamáronme louco
Porque cando rezo,
N-on miro pr'os santos
Pensando n-o demo,

Como fan mais de catro bea'as,
Que pensan qu'o ceo
Se gana folgando,
E pasand'o tempo
Envoltas n-as sombras
D'as pedras d'o tempo,
Mirando quen saye
E quen está drento,

E n-a mentras, n-a casa os seus fillos
D'a noxo, de velos!
Chamáronme louco,
¿Quén?... ¡catro pelexos!
Mais eu, nin por esas,
Por louco me teño,
E riome d-eles,
¡E mandos ó demo!





O TEU "RECORDO"

Alá n-alta noite,
que tod'é silencio,
mentras todos durmen,
mociños e vellos;
cand'a branda chuvia
caendo d'o ceo
n-o chan asomella
camiñar d'aspétros;
cando tumba o trono
e brúan os ventos
po-l-as táboas vellas
xunto d'o meu leito,
pensando en teus ollos
y-en teus roxos beixos,
eu non sei que sinto
dentro d'o meu peito.
Soyo sei qu'entonces
meus ollos despertos
cóbrense de bágoas,
pensando que, lexos,
moi lexos ainda
m'alcontro d'o ceo;
que lonxe, moy lonxe,
o meu pensamento
camiña, buscando

algo que non teño,
e que non atopo
por moito que quero.

D'a luz morticeira
ô vago destelo,
n-as brancas paredes
reflexada vexo
tua imáxen divina,
imáxen qu'eu creyo
d'o ánxel d'a guarda,
qu'ô pé d'o meu leito,
velar ven meu sono
como cando neno.

Pro,-jay!-cal pantasma
qu'o louco cerebro
se forxa n-a noite
d'os meus sofrementos,
fuxe logo aixiña
c'o postrer reflexo
d'a luz qu'esmorece
n-as rachas d'o vento.

.
.

A y-alba desperta,
y-ô pé d'o meu leito
m'alcontra ô mandarme
seu rayo pirmeiro.
Mollado n-as vágoas
qu'os ollos verteron,
un escapulario
d'a Nai d'o Carmelo
n-as mans atopeime,
Recordo pirmeiro
que d'o teu cariño
conservo n-o peito.

Sourrindo parece
qu'a Virxen d'o ceo
miróume un instante,
e-o ver canto peno,
—Espera—me dixó,

e'o seu dôce acento.
Sequei os meus ollos;
calaron os ventos,
y-aló n-o camiño
d'a Cruña, dereito,
—Espera—moy lonxe
repitium'un eco.
Entonces, sorrindo
tamen, de contento,
teu dôce *recordo*
gardeime no seo.





CHÁS-CORRASCHÁS

MUIÑEIRA CON ACOMPAÑAMENTO DE CONCHAS (1)

Arriba, rapaces, qu'a paz está feita;
xa dís que fai dias firmóuse en París,
y-os demos d'os *yankis* fixeron colleita
a conta d'os cartos d'o noso país.

Chás-corraschás,
puxéronnos bós,
qu'o pobo d'España
quedóu sin calzós.

Alforxas ó lombo, camiño d'a terra,
xa marchan correndo os bós d'os larpans
qu'à conta de bobos fixeron á guerra,
pertándos'o mesmo que porcos e cans.

Chás-corraschás,
fuxide d'ahí,
y-o demo, d'un couce
qu'os parta os cadrís.

(1) Composición escrita al firmarse la paz en la guerra hispano-yankeé.

Por fín rematóuse xa a fera contenda,
e dís que xa amigos volvemos á ser...
¿Amigos? ¡Un corno, y un rayo qu'os fenda
si a pouta en España nos volven poñer.

Chás-corraschás,
fuxide de nos,
y-o demo, a cabalo
que cargue con vos.

Correde, qu'afellas xa debe tær prisa
por veros as caras o bon Mac-Kinley;
correde, c'o diaño xa mexa co-a risa
de ver que bonita puxéstes a ley.

Chás-corraschás,
poñer sebo òs pés
qu'outra com'ela
n-habedes de tær.

Arriba, rapaces, qu'a loita quimérica
n-autrente acabóuse, por fín, en París,
y-ahí van sete porcós camiño d'América
c'os cartos roubados ò noso país.

Chás-corraschás,
xa todo acabóu;
¡por fin xa quedamos
en gracia de Dios!

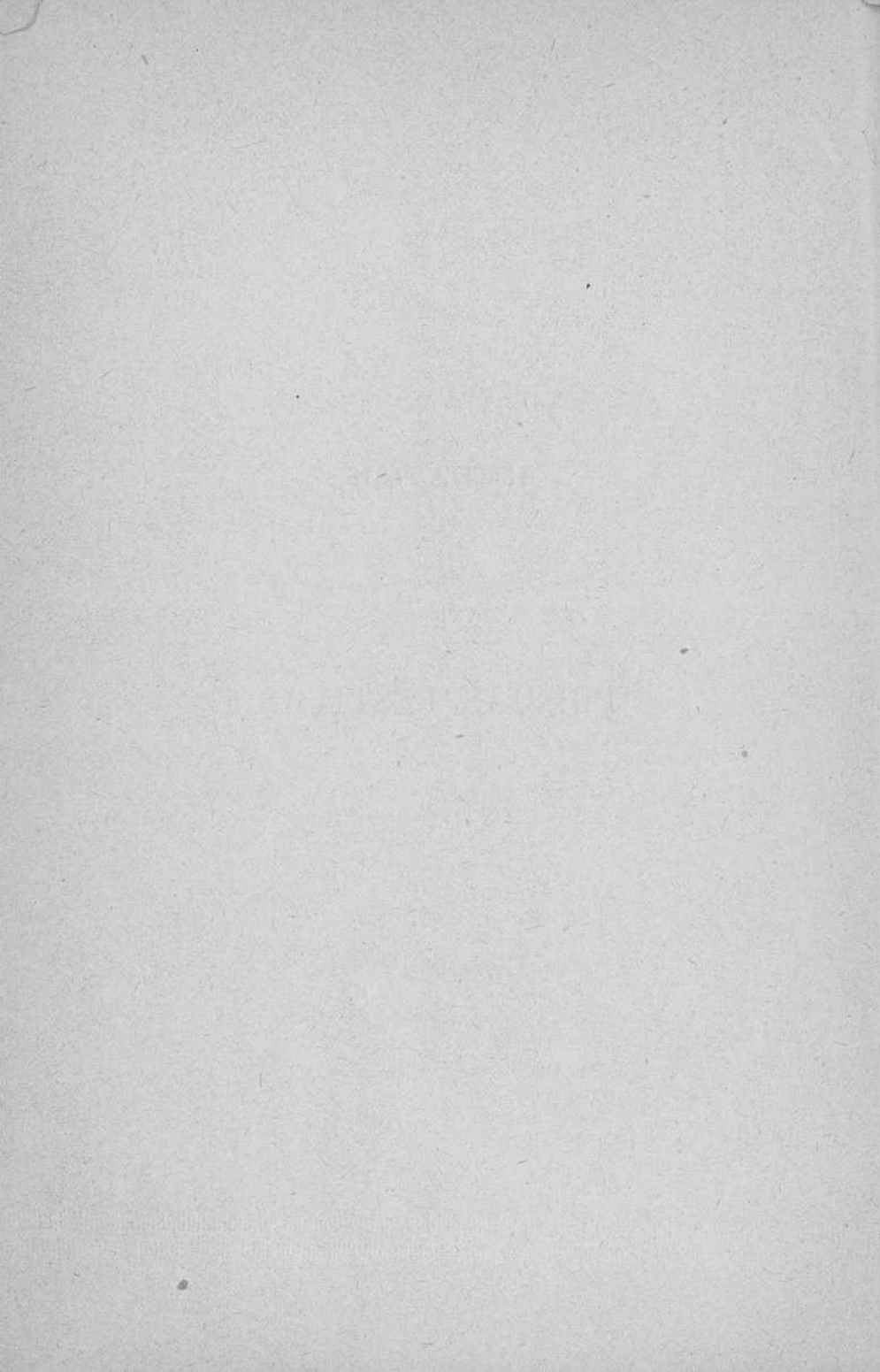
Diciembre de 1898.



TERCERA PARTE



POESÍAS FESTIVAS





Errores de hidroterapia,

ó

EL MEJOR BALNEARIO

Sintióse enfermo un cesante,
y era su extraño dolor
tan agudo y alarmante,
que decidió ir al instante
á consultarse á un doctor.

Ya en presencia del *Galeno*,
desfallecido y convulso,
miróle aquél muy sereno,
y cual todos, dijo:—Bueno;
despues de tomarle el pulso.

—Sin que me lo indique, sé
el mal que en usted se vé...

Ese pálido semblante
es un síntoma alarmante...

Ya sé lo que tiene usted.

Una *dispepsia* incipiente,
pero, de muy mal cariz,
que hay que combatir de frente...

Es necesario y urgente

el *agua de Mondariz*,

y si á tomarla no va,
irá de mal en peor,
pues desengañese ya:

hoy su salvación está
en casa de *Peinador*.

Oyó el enfermo, afligido,
aquél remedio tan bueno,
más no para conseguido,
y con el pecho oprimido
se despidió del *Galeno*.
Y caminando al azar,
acosado del dolor,
que casi le impide andar,
distruido fué á llamar
en casa de otro doctor.

El cual le dijo al momento:
—Vuestro estado no es dudoso,
y es grave el padecimiento;
ya indica el temperamento
que sois muy *escrofuloso*;
y aunque es síntoma alarmante
el dolor que os acongoja,
sé de un remedio bastante...
Vos, sin perder un instante,
debeis marchar á la *Toja*.

Cada vez mas asustado,
tal dictámen al oír,
salió el paciente, asombrado,
sin casi haber saludado
y sin saber que decir.
Y en trance tan aflictivo,
sintiendo el dolor mas vivo,
con aflicción ya sin tasa,
entró corriendo en la casa
de un nuevo facultativo.

El cual, despues de observar
al enfermo singular,
le dijo con tono frio:

—Vos teneis, amigo mío,
reumatismo articular.
Y, si el consejo atendeis,
para vuestro reumatismo
pronto el alivio obtendreis,

siempre y cuando que marcheis
á *Cuntis*, mañana mismo.

El enfermo, en su interior,
sonriéndose con dolor,
se dijo:—Al plan no me avengo...
¡Tampoco dió este doctor,
con la enfermedad que tengo!

Luego á otro médico vió,
que entre grave y complaciente,
con detención le observó,
y su diagnóstico dió
en la fórmula siguiente:
—Delgadez particular,
la garganta se os anuda;
dificultad en hablar...
Vos teneis, á no dudar,
una *bronquitis aguda*.

Y os digo en vuestro interés
que os vais en un dos por tres
si os descuidais como un tonto...
Si no vais á *Caldas* pronto,
os morís dentro de un mes.

Tanto fué lo que asustó
al enfermo lo que oyera,
que al punto se levantó,
y como un loco, bajó
en dos saltos la escalera.

Mas, siguiendo en su manía,
producto de mente insana,
aún se consultó aquél día
con tres médicos que habia
en una villa cercana.

Y el uno creyó acertar
diciendo que no era nada
afección tan singular;
pero, que debía tomar
los baños de *Cortegada*.
Otro, casi con desdén,
recetóle baños de *ola*
pero, para hacerle bien,

debía tomarlos en...
¡la *peña de la Marola!*

Lleno ya de confusión,
mas sin perder la esperanza
de encontrar su curación,
hacia el último se lanza
cual tabla de salvación.

Era un médico excelente,
llena de arrugas la frente,
reflexivo, como viejo,
que nunca daba un consejo
sin oír á su cliente.

—¿Qué sentís?— le preguntó
así que observó al enfermo;
y el paciente replicó:
—Señor doctor... ¿qué sé yo?...
¡hay tres meses que no duermo!

Siento una amarga aflicción,
y con singular manía,
pienso, en constante obsesión,
por la noche... en Pio Gullón...
¡y en Silvela por el día!

Y al verme en mi soledad,
me digo con ansiedad:
«¿cuándo *subirá* Sagasta...?»
Y el médico dijo:—¡Basta!;
¡conozco su enfermedad!
Y si alivio quiere hallar,
para bien de su persona
vaya usted á *veranear*...

—¿Tal vez á un puerto de mar?
—¡No, señor!... ¡A una *tahona!*





UN PROPAGANDISTA FERÓZ

Con la *racha* veraniega
que siempre trae el calor,
llegó un día un senador
á cierta ciudad gallega.

De mucha fama y prestigio
era, á no dudar, el hombre,
á quien, para darle un nombre,
llamaremos *D. Remigio*.
Hombre serio y muy formal,
con Salmerón militaba,
y de continuo tronaba
contra el sistema actual.

Capaz de hacerse pedazos
por sus ideas, creía
que en España convenía
andar siempre á cañonazos.
Tal terror había sembrado
entre cuantos le escuchaban,
que hasta los bancos temblaban
cuando hablaba en el Senado.

Y ante su voz, que disipa
el valor del más valiente,
hasta al mismo Presidente
se le encogía la *tripa*.
Fiado, pues, en la justicia
de su causa y su prestigio

quiso hacernos *Don Remigio*
propaganda por Galicia.

Y con su amable consorte,
que siempre le acompañaba,
una noche se apeaba
en la estación de Monforte.
¡Qué alegría! ¡qué placer!
sus partidarios tuvieron
cuando apearle le vieron
del brazo de su mujer.
Y aunque eran gentes sencillas,
tanto allí se entusiasmaron,
que en el espacio estallaron...
dos cohetes de lamparillas.

Y á falta de *gorro frigio*,
los sombreros se agitaban,
y todos allí gritaban
¡que viviese *Don Remigio!*
—¡*Hurria!* nuestro jefe, ¡*hurria!*
un ciudadano exclamaba,
mientras un ciego tocaba
la *jota* en una bandurria.
Y entre tanto, el senador
con placidez sonreía
pues todo le parecía
¡sublime, conmovedor!

Mas, su emoción fué muy honda
cuando el ilustre prohombre,
al ver honrado su nombre,
é instalado ya en la fonda,
oyó, desde el gabinete,
que *serenata* le daban
con la *orquesta* que formaban...
dos figles y un *clarinete*.
Entre tanto, en la ciudad
en que al prohombre esperaban,
precauciones se tomaban
por la digna autoridad.

Pues temía y con razón
que un hombre así, de esa idea,

podía *encender la tea*
de alguna revolución.

Y el Alcalde y Secretario
opinaban muy serenos,
que el hombre aquel, cuando menos,
sería algun *incendiario*.

Y así, cuando llegó el tren
que al senador conducía,
la fuerza de policía
llenaba todo el andén.

Mas, quizás por el temor
que la fuerza había infundido,
pasó desapercibido
el bueno del senador.

Que salió de la estación
sin que allí le *ovacionasen*,
ni tampoco le tocasen...
¡ni siquiera un *acordeón!*

El hecho fué sorprendente
porque así no se esperaba,
pero, el Alcalde no estaba
del todo tranquilamente.

Y en su precaución sin tasa
dió orden al inspector
de que viese al senador
y registrase su casa.

Y el inspector, que sentía
por aquel republicano
un *canguelo soberano*
que casi no se tenía,
rebuscando frases tiernas
conque poder preguntar,
sintió, en la casa al llamar,
que le temblaban las piernas.

Subió por fin la escalera;
llamó; salió la criada,
y con voz entrecortada
hablóla de esta manera:
—¿Me haría usted el favor
de decirme, en su bondad,

si está, *por casualidad*,
Don Remigio el senador?

(Y sentía el buen amigo,
al hablar de esta manera,
cual si una mosca le hiciera
cosquillas en el ombligo.)

—Sí, señor.

—¿Se podrá ver?

¿Podría, tal vez, oírle?

—Siento tener que decirle
que ahora no puede ser.

—¿Qué no puede ser ahora?

—No, señor.

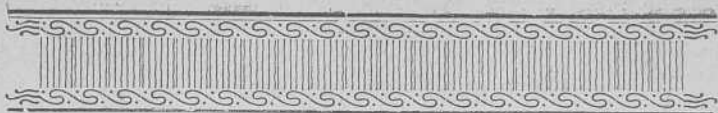
—¿Por qué razón?

—Porque está en esta ocasión...

zurrándole su señora!

ii. !!





CALABAZAS

A MI VECINA DE ENFRENTÉ

Señora: Vengo notando
que, con atención frecuente,
que ya me va fastidiando,
me anda usted siempre acechando
desde su balcón de enfrente.

Si es manía que padece,
señora, á mi me parece
que me va á sacar de quicio...
¡Si no hace usted otro oficio
desde que Dios amanece!

Yo ya sé, al ver sus mejillas
teñidas por el rubor,
y su mirar á hurtadillas,
que esas son pruebas sencillas
de que usted me *hace el amor*.

Y eso, sin duda ninguna,
no me pareciera mal,
ni me diera pena alguna;
¡pero si tiene usted una
joroba fenomenal!

Claro que tengo que estar
con el amor muy conforme;
pero, cabe preguntar:
¿á quién se le ocurre *amar*
con un *bullo* tan enorme?

Si quiere estar seductora
con su trajecito azul,
le aconsejo á usted, señora,
que guarde usted sin demora
la joroba en un baul.

Mientras tanto, será en vano
que llame usted mi atención,
pues juro, á fé de cristiano,
que no doy mi *blanca mano*
á un *botijo* de Alcorcón.

Y aunque viejo yo no soy,
y á la verdad, no soy feo,
y voy viviendo, hoy por hoy,
le prevengo á usted que estoy
un poco como *Tirteo*.

Y por lo tanto, su antojo
que lo medite es preciso.
Jorobada usted, yo cojo...
¡Señora! ¡pues no era flojo
semejante compromiso!

Yo con usted sola aún iba
derechito al matrimonio,
aunque fuese cuesta arriba;
mas, ¿con usted y la *jiba*?
eso, señora... ¡un demonio!

Eso sería un exceso
que no haré, se lo confieso,
pues muy en sério lo tomo,

que yo, en la carne de *lomo*,
¡no estoy por el *contrapeso*!

Además, que ya preveo
que con un *bulto* tan feo
iba á pasar más de un susto,
y á sufrir más de un disgusto,
yendo con usted á paseo.

Pues me estoy haciendo cargo,
aunque usted me lo dispute,
que me iba á ser muy amargo
creyesen los del *resguardo*
¡que andábamos de *matute*!

Deje usted, pues, ese asedio
que usted me dá, por las trazas,
porque, aunque le cause tedio,
yo no tengo más remedio
que darle á usted *calabazas*.

Mas, no le entre la tristeza,
ni por ello se disguste,
ni pierda usted la cabeza;
perdone usted mi franqueza
y ordéneme en lo que guste.





UNO DE TANTOS

Era don Crispín Ciruelo
de un talento singular
de esos que nos suele dar
muy raras veces el cielo.

Al menos, esta opinión
de sí mismo él la tenía,
aunque yo no sé si había
para ella mucha razón.

Lo que sí, sé, ciertamente,
es que, en contienda diaria,
iba siempre á la contraria
con todo bicho viviente.

Y, la más rara manía
en que había dado, fué
en saber siempre el por qué
de todo lo que ocurría,
para después sostener
que todo lo sucedido,
por lo mismo que había sido,
no debiera suceder.

Fundado en esta razón,
creía que, ni pintado,
habría otro diputado
mejor, para oposición.

Porque, con su empeño eterno
de preguntar por qué fué,
no habría sesión en qué
no interpelase al Gobierno;
teniendo por muy probable
que, siguiendo tal sistema,
resolvería el problema
de ser persona notable.

Y al punto, tras meditarlo
tan hermoso pensamiento,
puso, sin detenimiento,
los medios para lograrlo.

Y, tras de mil desventuras,
diputado al fin salió,
pues una acta consiguió
á fuerza de... *raspaduras*

¡Qué expectación! ¡qué emociones
el día en que, — ¡santo cielo! —
debutó Crispín Ciruelo
en el salón de sesiones!

Hubo allí cuanto hay que ver,
pues, con empeño no visto,
interpeló á todo Cristo
desde el Ministro al hugier.

Y, tras de aquella sesión,
no hubo ya sesión alguna
en que, con gracia oportuna
no hiciese *interpelación*.

¿Qué Sagasta se rascaba
la barba, mirando al cielo?
Pues allí estaba Ciruelo
que al punto le *interpetaba*.

¿Qué sufría algun quebranto
la seriedad de un macero?
¿Qué estornudaba un portero?
¡*Interpelación* al canto!

Y usando tales resortes,
en *interpelación* pura
pasó la legislatura
y se cerraron las Córtes.

Pero,--¡oh destino implacable!--
al fin se murió Ciruelo
sin que tuviese el consuelo
de ser persona notable.

Mas, cuentan que, de repente,
cuando su nicho cerraban,
oyeron los que allí estaban
la interpelación siguiente:

— «¡Oh, público respetable!
noto, con gran desazón,
en mi nueva habitación
un hedor insoportable.

»Y es por demás cosa extraña,
que á la salud no conviene...
¡Cómo está, señor, la higiene
en la capital de España!

»Mandad, pues, desinfectar
este sitio, con urgencia,
porque, con tal indecencia,
¡aquí no se puede estar!

»Y si resultan en valde
mis razones, ¡vive el cielo!
que juro, á fé de Ciruelo,
que lo denuncio al Alcalde!»

Ante el pueblo estupefacto,
que no supo responder,
calló Ciruelo, sin ver,
¡qué era él solo el *putrefacto!*

.

Hay más de alguno, en efecto,
que, por parecer notable,
lo halla todo criticable,
sin ver su propio defecto.

Y de esta manía en pós,
perseguida con anhelo,
conozco más de un *Ciruelo*
por esos mundos de Dios!





À UNA VIEJA

Epístola

Señora doña Pancracia:
Por su amiga doña Engracia
acabo de recibir,
su carta, que hace reír,
porque tiene mucha gracia.

Llena de mística unción
y de singular contento,
que me causa admiración,
me anuncia su decisión
de retirarse á un convento.

La cosa es para reír,
y me deja usted perplejo
y sin saber que decir.
¡Que me venga usted á pedir
sobre el asunto, un consejo!...

Yo no me puedo oponer,
mas, su capricho deploro,
pues no acierto á comprender
que es lo que va usted hacer
tras de las rejas del coro.

Me dice que ser ansía
una *esposa* del Señor,
y esto me pasma, á fé mía,
pues, señora, ¡no sabía
que Dios la *hiciese el amor!*

Comprendo, y es cosa clara,
aunque á usted parezca rara,
que en este mundo engañoso,
no encontrase ya un esposo
por un ojo de la cara.

Y que, buscando el consuelo,
que no halla ya en este suelo,
á su pena tan amarga,
trate usted de echar la carga
al que la quiera, en el cielo.

Todo eso está en su lugar;
mas, una duda me asalta,
y es que no acierto á explicar
por que Dios ha de cargar
con lo que aquí no hace falta.

Encuentro muy juicioso
que á su edad, que ya no es tierna,
con santa calma y reposo
busque usted un medio honroso
de ganar la vida... eterna

Mas, el cielo, amiga mía,
ya no se gana hoy en día
con tanta facilidad,
cuando se tiene su edad,
con sólo la *letanía*.

Es en usted rezo insulso
que á un santo pone convulso,
pues es cosa ya notoria,

que hoy, hasta la misma Gloria
¡hay que ganársela... á pulso!

Quédese en el mundo, pues,
y tendrá calma y quietud,
que tal como usted hoy es,
ya nadie tiene interés
en quebrantar su virtud.

Si usted su honor atesora,
sin tener del mundo quejas,
la virtud de usted, señora,
me parece á mí que ahora
no necesita ya *rejas*.

Y á sus años, ya no es cosa
de ir de los *votos* en pós.
Fea, vieja, y achacosa...
lo que es á usted, por esposa
ya no la quiere... ¡ni Dios!





SCILA Y CARIBDIS

En León, donde resido
el siguiente *sucedido*
me trae, por lo impensado,
completamente aburrido
y por demás preocupado.

Y es el caso éste en cuestión,
que mi casa-habitación,
tiene, como muchas más,
un mirador por detrás,
y por delante un balcón.

Y aunque bueno es el notar,
por lo que pueda importar,
que ambas cosas, á mi ver,
no son, ni pueden tener
nada de particular,

Apunto aqueste detalle
para mayor comprensión
del que algún interés halle
en lo que pasa en la calle
donde resido, en León.

Pues señor, siguiendo el hilo
del suceso extraordinario
que me trae tan intranquilo,
y me hace sudar el quilo
por las noches y á diario,

Te diré, caro lector,
que, enfrente del mirador
que dá á la parte de atrás,
vive el socialista Blás,
todo un libre-pensador.

Con el cuello melenudo,
reminiscencia de trova,
el vecino á quien aludo
mas bien parece una escoba
embozada en un felpudo.

Y no hay vez en que asomado
ó tras el cristal me siente,
que no vea de contado
aquel rostro avinagrado
de mi vecino de enfrente.

Y, tras la salutación,
entre adusto y placentero
entabla conversación
en que trae á colación
á Garibaldi y Lutero.

Luego en frases horrorosas,
sin parar mientes en ello,
con ideas tenebrosas,
me empieza á hablar de unas cosas,
que me erizan el cabello.

Le arguyo en estilo llano,
pensando en irle á la mano,
pero, se írrita y no ceja,

y en su discurso no deja
un cura con hueso sano.

Y en ademán iracundo
grita, todo furibundo:
—¡*El mundo es un desatino!*
No lo dude usted, vecino;
¡hay que reformar el mundo!

Por fin llega ya un instante
en que no pudiendo más,
aturdido... delirante,
dejo el mirador de atrás
por el balcón de delante.

Llego y alzo la persiana:
respiro, alegre, el ambiente,
y apenas alzo la frente
aparece en su ventana
otro vecino: el de enfrente.

Es el tal, á quien aludo,
un caónigo muy gordo,
colorado y mofletudo,
sin mas tacha que el ser sordo
y un poquito tartamudo.

Al verle allí en su ventana,
sentado en una *otomana*,
con dos almohadas muy grandes,
parece un queso de Flandes
envuelto en una sotana.

Y, aunque tartamudo, trata
de charlar como el que más
cuando la lengua desata,
y empieza á darme la *lata*
como el vecino de atrás.

Y en larga peroración,

tras de leerme el *santorál*,
saca luego á colación
al Papa, la Inquisición,
D. Cárlos y Nocedal.

Luego á Moret apabulla,
y aunque le grite que basta,
es tanto lo que barulla
que al ensalzar á Carulla
dice pestes de Sagasta.

Y tocante á la moral,
maldice nuestro progreso,
y todo lo encuentra mal...
Y en fin, que no hay liberal
á quien no le rompa un hueso.

Le arguyo con cierto tino,
pero él me grita iracundo:
— ¡*El mundo es un desatino!*...
No lo dude usted, vecino:
¡hay que reformar el mundo!

Yo, entre tanto, me sofoco,
y mareado y medio loco,
cierro el balcón, me retiro,
voy al mirador, respiro,
me sereno poco á poco...

Mas, ilusión loca y vana,
porque á poco alzo la vista
y... ¡cielos!... no hay quien resista!
que otra vez en su ventana
aparece el socialista!

-- ¡Horror!-- grito-- Compasión!...
cierro con fuerza el balcón,
y busco donde esconderme;
recorro la habitación
y no sé donde meterme.

Y con el alma intranquila,
la situación me horripila,
pues, de mi desdicha harto,
si de *Caribdis* me aparto,
al punto doy en *Scila*.

¿Y que hacer en tal apuro?
CÓmodo el medio no es,
pero, yo, lector, te juro,
que habitar es mas seguro,
una celda en Leganés.

León, 1893.





Á... "ELLA,"

Por fín, tras de dos años que no te veo,
causándome tu ausencia miles de enojos,
hoy ante tu presencia ya me recreo,
siento, al coger tu talle dulce marco,
porque eres tú, *bien mío*, luz de mis ojos.

Cesaron, al mirarte, ya mis apuros,
y hoy olvidarme quiero de tus rigores...
¡Ven! que mis pensamientos son los más puros:
Contigo, los garbanzos son menos duros,
con la *sal* que derramas en tus amores.

Bien haya aquel momento que nos hallamos.
¡Ven! que adorarte siempre yo te prometo,
y hoy que en un fuerte abrazo nos estrechamos,
no, no digas á nadie que nos amamos,
porque quiero adorarte siempre en secreto.

Terminen para siempre nuestros desvelos,
pues, aunque cruel has sido, yo no te riño.
Por tí pasé dos años comiendo ¡*grellos!*
y hoy que te quiero tanto, ya tengo celos,
pues hay muchos que mueren por tu cariño.

Ven, y cesen por siempre nuestras rencillas,
que mi amor es inmenso, constante, ardiente,

y hoy, que ante tí me tienes ya de rodillas,
permíteme que bese tus dos mejillas,
y que estampe otro beso sobre tu frente.

—
Mi cariño no juzgues interesado
si busco en tu dinero dichas completas;
pero, ¡ay! que en los dos años que me has dejado,
me encontré por tu causa ya tan tronado,
que hace tiempo no he visto, ¡ni dos pesetas!

—
Por verte, dando treguas á mis pesares,
y alcanzar de tus mimos una caricia,
corrí por entre montes, villas, lugares,
dejando, *prenda mía*, mis patrios lares
y aquel hermoso suelo de mi Galicia.

—
Por tu amor, *alma mía*, mi amor eterno
cruzó el río, la sima, la vega, el llano,
sufriendo los rigores del crudo invierno;
y como sé que quieres á éste Gobierno,
hasta quiero á Sagasta como á un hermano.

—
¡Cuánto tiempo sin verte, ni haberme escrito
mostrándote á mis quejas tu amor tan sordo!
mas, hoy, que oí tu nombre, nombre bendito,
por eso tengo, hermosa, más apetito,
y hasta ya me parece que estoy más gordo.

—
Y es que, tu nombre bello, nombre divino,
que tiene para muchos, no sé que encanto,
influye de los hombres en el *destino*;
él ya de mis venturas abrió el camino,
y por eso, *bien mío*, ¡te quiere tanto!

—
¡Ven! que quiero abrazarte, darte otro beso.
No te muestres esquiva ni te me enojés...
Así; otra vez... Perdona, si es un exceso,
que mi amor es ardiente, mas no por eso
bajes tu *blanca* frente, ni te sonrojes.



Arte de hacerse célebre

Hoy, que es tontería pura,
según está demostrado,
querer llegar á la altura
á dónde otros han llegado,
en ciencia ó literatura,

sin costarte una peseta,
darte voy, caro lector,
una infalible receta
para hallar fama completa
de la manera mejor.

Más fácil no la has de hallar
y si ella al fin te acomoda,
y resuelves practicar,
te juro que has de llegar
á ser el héroe de moda.

Despójate de aprensiones,
por lo que pueda importarte;
nada de vacilaciones...
¡Oh! si vieras que emociones
has de encontrar en el *arte!*...

Deja la moral... en casa;
haz acopio de cinismo,

y ya verás lo que pasa...
Si el *negocio* no fracasa
¡te has de asombrar de tí mismo!

Con gran dosis de impudencia,
á falta de toda ciencia,
en dudas no has de parar,
y si grita la conciencia...
nada, ¡la dejas gritar!

¿Qué hallas obstáculos? ¡Bah!
en ellos no pares mientes;
tu constancia vencerá.
Pues, hombre: ¿qué empresa está
exenta de inconvenientes?

En cambio, con la victoria
serás pagado con creces
y pasarás á la historia...
¡Ay!... si vieras, chico, á veces
como embriaga la gloria!

Empresas altas y bajas,
tienen quiebras, no lo niego;
pero ésta, si la trabajas...
vamos, que serás muy ciego
si es que no ves sus ventajas.

En extensa biografía,
que á las costumbres se amolde,
de tí la prensa hablaría...
Ya, ya verás que alegría
¡al verte en letras de molde!

Lucha y vence, que después
ya verás el interés,
cuando al *arte* afición tomes,
que han de tener más de tres
hasta en saber lo que comes.

¿Interviews? ¡Dios nos asista!
Hasta ha de haber periodista
que oportunamente anote
si te afeitas el cogote
ó si eres corto de vista.

Y publicarán tu hazaña,
—si es que la has hecho con maña—
para que al público asombre,
y... vamos, ¡qué no habrá un hombre
más importante, en España!

Y hoy, que el arte está barato,
y tienen en él entradas
el loco y el mentecato,
publicarán tu retrato
las Revistas *ilustradas*.

Y ahora querrás saber
lo que es necesario hacer
para fama tan notoria
y para alcanzar la *gloria*
que hoy muchos quieren tener.

Pues... nada; el medio estudiado,
los temores los disipas,
y así que esté madurado,...
¡zás!... le rebanas las tripas,
á cualquier vecino honrado.

¿Qué eso es atroz? ¿qué es horrible?
¿qué eso á la justicia clama?
Hombre... será muy posible,
pero es el medio infalible
para conquistar hoy fama.

Pues, ¿acaso—¡voto á tal!—
sin un hecho criminal
de folletín, de novela,

fuerau célebres *Varela*
y el *Chato* del Escorial?

¿Qué un hecho así tan audaz,
sólo de un *héroe*, capaz,
causa vértigo, marea?...
Mira, chico, esa tarea
la dejas al juez, y en paz.

Ahora bien, si el pundonor,
y una conciencia acabada,
te prohíben, con horror,
emprender esa labor,
entonces... no he dicho nada.

Mas, llegará tu vejez,
y no habrá notoriedad;
que el mundo es de tal jaez,
que una cosa es la honradez...
¡y otra la *celebridad!*





MI BIOGRAFÍA

Allá en la ciudad de Lugo,
en una noche muy fea
del frío mes de Noviembre,
de no muy cercana fecha,
plaza de Santo Domingo,
número 15, á la izquierda,
le plugo á Dios enviarme
como uno más á la tierra.

Soy tan frágil de memoria
que ya no me hago ahora cuenta
de la misión que me ha dado
la Divina Providencia
cuando ordenó que tomase
prontamente la maleta,
y me instalase en el mundo
en donde mejor pudiera;
pero, sin duda ninguna,
que, al darme Dios la existencia,
debió de hablarme al oído
de la siguiente manera:

—«Mira, chico: tú en el mundo
maldito lo que interesas,
y que vayas ó no vayas,
lo que es, en aquel planeta,
una higa les importa
á los que en él ya se encuentran.

»Yo estuve dudando mucho,
y te lo digo de veras,
si crearte ó no crearte
de esta ó de la otra manera,
y de si enviarte á Lugo
ó mandarte á las Batuecas.
Me está dando en la nariz
de que vas meterte á poeta,
que es el oficio más tonto
que encontrarás en la tierra,
y, por lo mismo no sé
si acaso mejor te fuera
oue en vez de marcharte á Lugo,
fueses, por ejemplo, á Cuenca.
Pero, en la ciudad lucense
no estorbará tu presencia,
porque tengo decidido
que te marches pronto de ella,
porque no quiero que allí
existan malos poetas.

»En fín; mira, por de pronto
yo no sé donde te meta;
allí existe una *vacante*,
y es fácil que te convenga;
vete á ocuparla, y despues
harás lo que te parezca.»

Dijo, y cogiéndome luego
suavemente de una oreja,
me echó en el mundó, y aquí
me encuentro desde esa fecha.

En los dos primeros años,
segun sé por referencias,
nada me ocurrió notable
que digno de contar sea.
Solamente preocupado
en que me diesen la teta,
todo lo demás del mundo
me importaba una... ciruela.

Mas, fuí creciendo, creciendo,
eché los dientes y muelas,

fuí dejando poco á poco
los pañales y bayetas,
hasta que un día, mi padre
me dijo con cara seria:

—Caballerito: ya es tiempo
que deje usted la niñera,
y aprenda usted el silabario,
la cartilla y la aritmética.

Y entonces fué cuando Cristo
comenzó á sufrir de veras.

Aun todavía recuerdo
los estirones de orejas
que me costó el distinguir
la letra *P* de la *Zeda*,
y el componer un guarismo
con un cero á la derecha.

Mas, como todo en el mundo
se consigue con paciencia,
leí por fin de corrido,
supe escribir y echar cuentas,
y entonces sentí nacer
en mi mente dos ideas:
el dedicarme á presbítero
y cantar cual los poetas.

Lo primero pasó pronto,
y lo segundo... aún *coléa*;
pues al llegar á los *quin*
ya me gustaban las hembras.

Agarré entonces la *lira*,
y empezó desde esa época
una comezón de versos
á las niñas casaderas,
que me río yo de Bécquer,
de Campoamor y Espronceda.

Naturalmente, los *ripios*
trajeron sus consecuencias,
y un día un *papá* muy bruto
de una muchacha morena
á quien yo le dedicara
tres sonetos y seis décimas

me dió una feroz patada
en la *lira*, cuyas cuerdas
quedaron ya desde entonces
casi todas descompuestas.

Pensé entónces dedicarme
á alguna cosa más séria,
y me hice un día Abogado,
que es igual que si me hiciera
en Astorga maragato,
con muy corta diferencia,
en un pais en que abundan
letrados como la yerba.

No por eso abandoné
mis aficiones poéticas
y en vez de defender pleitos
me puse á escribir *cuartetas*,
odas sáficas, *romances*,
octavillas, *espinelas*,
quintillas, *alejandrinos*,
sonetos, etcétera, etcétera;
y excuso decir á ustedes
que, tampoco por la *métrica*
he podido conseguir
ganar, ni media peseta;
hasta que un día, Sagasta,
yo no sé de que manera,
supo de mí, y me mandó
que me fuese con urgencia
de Oficial primero al
Gobierno civil de Cuenca.

Ocho meses, nada más
me ha durado aquella *brevé*,
y desde entonces, lectores,
he recorrido más tierras
que un explorador del Africa,
ó Hernán Cortés en América;
y he sido Oficial primero
de Fomento, en Pontevedra;
y Sobrestante en León,
Salamanca y Compostela;

fuí pasante de Notario,
y Secretario de aldea,
donde también he pintado
los retablos de una iglesia,
y he tocado el violín,
y fuí director de orquesta.
Colaboré en cien periódicos,
y aun hice algunas comedias,
y estuve en tres ocasiones
para morirme... de veras.

Ahora otra vez ya soy,
con permiso de Silvela,
Oficial segundo del
Gobierno de Pontevedra.

Lo que seré, con el tiempo,
lo sabrá la Providencia,
que lo que es yo, todavía
no me he metido á profeta,
único *oficio* que falta
para completar mi cuenta;
y voy pasando los días
resignado y con paciencia,
hasta que Dios diga un día:

—«Chico: basta ya de *léria*;
mira, líate el *petate*
y ven aquí á darme cuenta
de las muchas tonterías
que has cometido en la tierra.
Veo que no te corriges
y sigues siendo poeta,
componiendo cada verso
capaz de espantar las piedras.
¡Razón tenía en dudar,
cuando te dí la existencia,
si enviarte para Lugo
ó mandarte á las Batuecas!»

Es verdad, contestaré;
pero, si hay otro que tenga
mas *mala sombra* en el mundo,
y sufriese más jaqueca,

y pasase más apuros,
y aguante más penas negras,
que hacen que me sobren méritos
para ir á la Gloria eterna,
sin pasar al Purgatorio,
ni otra estación intermedia,...
nada, queridos lectores,
¡qué venga Dios y lo vea!

FIN



ÍNDICE

Primera parte

POESÍAS CASTELLANAS

	<u>Pág.</u>
Dedicatoria..	5
Un recuerdo.—A mi madre.	9
El Angel de mi hogar.	12
Al pié de tu reja.	16
En el desierto.	18
Ante tu retrato.	20
Los dos muertos.	22
El perjurio.	24
La canción del marinero.	26
A....	28
2 de Mayo de 1808.	30
A María en su Inmaculada Concepción.	32
En la muerte de Alfredo Brañas.	34

Segunda parte

POESÍAS GALLEGAS

Lonxe d'a terra.	39
Grátitude.	43
Miña aldea.	46
N-a morte d'a ilustre cantora gallega, Rosalía Castro.	49

	Pág.
Explicación.	51
Nin por esas.	53
O teu <i>recordo</i>	55
Chás-corrachás.	58

Tercera parte

POESÍAS FESTIVAS

Errores de hidroterapia.	
Un propagandista feróz.	
Calabazas.	71
Uno de tantos.	74
A una vieja.	77
Scila y Caribdis.	80
A... <i>ella</i>	85
Arte de hacerse célebre.	88
Mi biografía.	92



F
91

